

Alejandro Korn.

El 9 de Octubre del año pasado dejó de existir don Alejandro Korn, la primera capacidad filosófica de la Argentina; y a quienes los pensadores jóvenes tributaron siempre respetuoso y cordial acatamiento.

D. Alejandro Korn era ante todo una personalidad, una entidad espiritual operante, en perpetuo trance de actividad. Como médico, como profesor, como político, como amigo, en todas las rutas que siguiera su inteligencia o su afecto, supo grabar la huella indeleble del valor propio, de la propia riqueza interior, el sello privilegiado de la originalidad y de la eficacia. Y digo eficacia adrede, porque toda verdadera personalidad es eficaz. Los tesoros materiales pueden estarse quietos en las arcas o en el seno de la tierra; pero lo que vale realmente en la dimensión de las almas no acepta el mutismo ni la inacción. Sin proponérselo, irradia sus vibraciones y vierte en el contorno su resplandor entrañable.

Tan vigorosa y noble personalidad, no dejó de manifestarse en la docencia universitaria. Nadie más ajeno que él a la enseñanza de dogmas y principios abstractos, pertinentes a la pura inteligencia. A menudo expresa en sus escritos su rebeldía contra la técnica filosófica, contra el dogmatismo de escuela, contra la sumisión a cánones preesta-

blecidos. Toma la filosofía como cosa propia, como antiguo y bien adquirido patrimonio, no como yugo abrumador, ni como insubstancial alarde de erudición, y mucho menos como profesión intrascendente. No coge las cuestiones por sus costados difíciles; al contrario, le place llevar al lector al centro del problema, con un gesto señorial de amabilidad. De Korn puede decirse que “entrega” la filosofía; sin que ello implique rebajamiento ni calculado servilismo plebeyo. Sus ensayos de filosofía son modelo de sencillez, de atractiva facilidad, aún para quien carezca de cultura filosófica disciplinada; pero al mismo tiempo admiran por su pulcritud, por su elegancia expresiva, por su diafanidad. Cuando se han leído una vez,—y lo digo por experiencia—dejan en el alma un eco armonioso, como de poema.

La filosofía de Korn es la natural emanación de su personalidad en función de la cultura en general y especialmente de la Nación Argentina. Se presenta como uno de los grandes abanderados del idealismo contra el positivismo que envolvió la etapa precedente de la cultura universitaria, y que no obstante haberse secado en sus fuentes, se sobrevivió por inercia en las cátedras universitarias y en las directivas de los políticos insensibles a las contingencias del proceso histórico. La densidad de las disciplinas científicas que contribuyeron a la formación espiritual de Korn, no nublaron su mentalidad ni torcieron su vocación de filósofo. Su destino no fué volverse un maniático del positivismo o de las ciencias exactas. Secretas inclinaciones a la meditación y el comercio con la alta cultura germánica—explicable por su ascendencia—lo salvaron. En su cátedra difundió oportunamente el neo-kantismo, en boga entonces en Alemania, la filosofía de Bergson, el idealismo de Croce. Pero lejos de prestar adhesión incondicional a la moda del día, se acogió pronto a la sombra protectora de Kant y Goethe. En Kant aprendió sin duda la prudente reserva crítica, el sen-

tido de la limitación de nuestras fuerzas intelectuales y acaso también ese agnosticismo que lo induce a denunciar con respetable energía la labor solapada o franca de los metafísicos. Goethe le inspiró probablemente el sentimiento de la personalidad, la propensión a afirmar ante todo el valor de la vida.

Si fuera necesario precisar un poco más la posición de Korn, habría que buscarlo en el dominio de la Etica. Korn era eso: un moralista. Es gran acierto el de sus amigos aproximarle a Sócrates. Su afirmación gozosa del valor de la libertad, su honda conciencia de la personalidad, a la cual considera como raigambre común de todas las valoraciones, su mismo intenso afán de demostrar la trasmutación histórica de todos los valores, la relatividad y caducidad de todas las estimaciones constituyen decisivos testimonios de su inclinación ética. Todo los valores son relativos, para él. “Cada latitud geográfica, cada grupo étnico, cada secta religiosa, cada aparcería política, cada interés gremial, postulan valores distintos. Y en el seno de toda agrupación, por homogénea que se la suponga, se hallan individuos refractarios a la valoración corriente. Siempre hay una disidencia en trámite, llamada a triunfar o a fracasar” Comprueba la misma discrepancia en la filosofía: “Sabemos de una filosofía occidental y de otra oriental, de una filosofía griega y de otra moderna. Una posición empírica se opone o sucede a otra racionalista, el escepticismo al dogmatismo, el realismo al idealismo. Todos los sistemas son lógicos, pero su abigarrada multiplicidad patentiza la ineficacia de la argumentación lógica”. Tal relativismo tiene, sin embargo su límite infranqueable: la libertad. Dejemos hablar a Korn: Todas las valoraciones emergen de la misma fuente y tienden al mismo fin. Afirman la autonomía de la personalidad, persiguen su emancipación de toda servidumbre, es decir, su liberación como finalidad última y común. La liber-

tad relativa en cada caso, la libertad absoluta como meta ideal". Dice luego que "la realización íntegra de la Libertad, —Libertad Creadora, claro—nos identificaría con lo Absoluto". La Libertad es, pues, para Korn, un valor absoluto. Sólo falta saber si tal valor absoluto tiene algún sentido en su soledad vacía y soberbia. Si la libertad subsiste realmente como valor, cuando despojamos de valor absoluto a los demás valores. O si la libertad no es más que la condición para alcanzar los más altos niveles de la cultura y del valor.

La vocación ética auténtica desborda necesariamente los límites estrechos de la mera especulación. Así se explica la inclinación de Korn a intervenir en la política. Expresiones del amor a su patria son los importantes estudios reunidos en el volumen *Influencias filosóficas en la evolución nacional* y especialmente el ensayo de filosofía política titulado *Nuevas Bases*, en el que propugna nuevos principios de política argentina, distantes del Positivismo que informó las Bases de Alberdi y a tono con las exigencias económicas y sociales del momento. Korn, socialista en los últimos años de su vida, considera la evolución económica como un medio para realizar una cultura nacional, no como una finalidad en sí. El socialismo en realidad—dice—se ha dado cuenta de que el problema social más que económico es un problema ético. Públicamente no puede confesarlo, porque este pensamiento no es de Marx, sino de Le Play, de Schmoller y de León XIII". En el fondo, la noble actitud del ciudadano, que pide reformas trascendentales a fin de que se realicen cuanto antes los valores espirituales de la Argentina. Como se ve, para Korn, la Patria es también un valor.

ENRIQUE BARBOZA.